



## ***Nuestra predicación<sup>1</sup>*** *Capítulo General de Ávila*

Siendo el anuncio del Evangelio la vocación fundamental de la Iglesia, su identidad más profunda (*Evangelii Nuntiandi*), invitamos a renovar nuestras estructuras, nuestras comunidades y nuestra personal fidelidad, para experimentar nuevamente el gozo de la evangelización: “qué bellos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz” (Is. 52, 7). Santo Domingo vivió hondamente el conflicto de la inadecuación entre las necesidades de la gente y lo que la Iglesia les ofrecía. Y porque sufrió en su persona ese dolor, es que fue capaz de dar una respuesta creativa, original y eficaz al mundo y a la Iglesia de su tiempo.

### ***La predicación como signo de esperanza***

En un mundo que está amenazado por signos de desesperación la predicación es un acto de esperanza. Esperanza que se traduce en la alegría de vivir, comunicada a los demás por nuestra palabra y nuestros gestos. Esperanza en el hombre y en el mundo. No en ellos aislados ni en sus signos de decadencia, sino en su condición de epifanía y de imagen muestran que el mundo y el hombre han sido creados y son guiados por el Señor de la historia (Col. 1).

Pero sobre todo la predicación es un acto de esperanza en la fuerza y la vitalidad de la Palabra de Dios (Hebr. 4). Nuestra palabra no es nuestra sino de Aquél que nos ha enviado, y a pesar de la pobreza de nuestros discursos o la flaqueza de nuestro testimonio, tenemos la seguridad de la fecundidad de nuestro mensaje, ya que es Dios quien da el incremento (1 Cor. 3,6).

Los jóvenes de hoy no son menos generosos que los de siempre, ni nuestro proyecto de vida menos atrayente. Una renovada fidelidad comunitaria seguirá siendo la mejor invitación para abrazar la vida dominicana.

### ***El fundamento de nuestra predicación***

Ante todo nuestra predicación es un hecho de fe. Vive de la fe. De una fe personalmente asumida y continuamente reavivada por el constante espíritu de conversión, celebrada en la oración y compartida en la Eucaristía.

No bastan las buenas intenciones, ni aun el movimiento de amor solamente humano, para que exista un predicador. El dominico tiene que tener alma de profeta, y el profeta se forma en el encuentro profundo con el silencio de Dios (Os. 2, 16).

Una de las enfermedades de hoy es la ausencia de Dios en la vida del hombre. Muchas veces también la sustitución de su primacía por otros valores o pseudovalores, que son amados sobre todas las cosas. Este ateísmo práctico puede entrar también en la vida religiosa. Los jóvenes que se allegan a nosotros, más allá de su ingenuidad o de su idealismo, nos interpelan y nos recuerdan que el primer testimonio de nuestra consagración es la primacía del amor a Dios por encima de todo otro amor.

El Evangelio que hemos recibido no es de origen humano (Gal. 1,11) y, como a los profetas, nos puede resultar costoso ser portadores de ese mensaje, pero siempre la Palabra del Señor nos animará: “No temas ... lo que yo te mande dirás” (Jer. 1, 7).

### ***En la iglesia de la caridad***

Sin embargo, lo principal es que nuestra predicación es un modo de amar. Nadie puede dar lo que no tiene. Por eso el testimonio del que somos portadores surge de la conciencia gozosa de un Dios que nos ha amado primero (1 Jn. 4, 10). Cada uno de nosotros tiene en el origen de su vocación la seguridad íntima de esa predilección (Is. 49, 1-2). Ese amor no se limita a una experiencia privada, sino que se hace perfecto en la comunidad de convocados, de los que han venido a vivir juntos (*conventus*). De esa experiencia de «*ecclesia*» de nuestras comunidades es que surge la predicación auténtica.

Esa novedad de vida, personal y comunitariamente sentida, ese convencimiento de haber sido elegidos por amor y para amar (Jn. 15, 16) está en la base de nuestra predicación.

Para renovarnos hoy como dominicos tenemos que renovar nuestro amor a Dios. Tenemos que renovarnos desde nuestra oración. Este es el primer gesto que tenemos que emular de santo Domingo, que dedicaba el día a los hombres y la noche a Dios.

Dado que de la abundancia del corazón habla la boca, en nosotros el amor a Dios se hace amor a los hombres, se hace predicación. Este es el sentido siempre válido de la expresión *caritas veritatis*. Amar a los hombres dándoles la Verdad. Amar a los hombres dándoles a Dios.

No ama solamente aquel que da, sino también el que recibe. La predicación también tiene que ser hoy capacidad de escucha, de recibir al otro, de comprenderlo y acompañarlo en silencio. Capacidad de acoger, como Domingo “en el amplio seno de su caridad” en la que todos cabían, sus alegrías y sus esperanzas, sus inquietudes y sus problemas, sus sufrimientos y debilidades.